



# El valor añadido de la naturaleza

Joaquín Fernández  
Periodista ambiental

UN ESTUDIO publicado a finales de 2011 por el Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino (MARM) estima que, en un plazo de cinco años, podrían crearse en el medio rural español entre 250.000 y 500.000 empleos. A propósito de estas cifras alguien planteaba la necesidad de que en estos momentos de dificultades se hiciera visible la aportación de la biodiversidad, por simplificarlo de algún modo, a la salida de la crisis económica. Lo expresaba con un ejemplo contundente que puede herir ciertas sensibilidades: «Hasta ahora hemos puesto dinero para salvar al oso pardo, pero ha llegado el momento de que el oso pardo empiece a darnos dinero». Y quien dice el oso dice el quebrantahuesos, los paisajes en general, los espacios protegidos en particular, o los caminos naturales en su diferente variedad. Por fortuna son muchas las opciones disponibles, aunque todas ellas deben manejarse con mesura, y más en estos tiempos de escepticismo cínico que han sustituido los entusiasmos conservacionistas de los pasados ochenta y noventa.

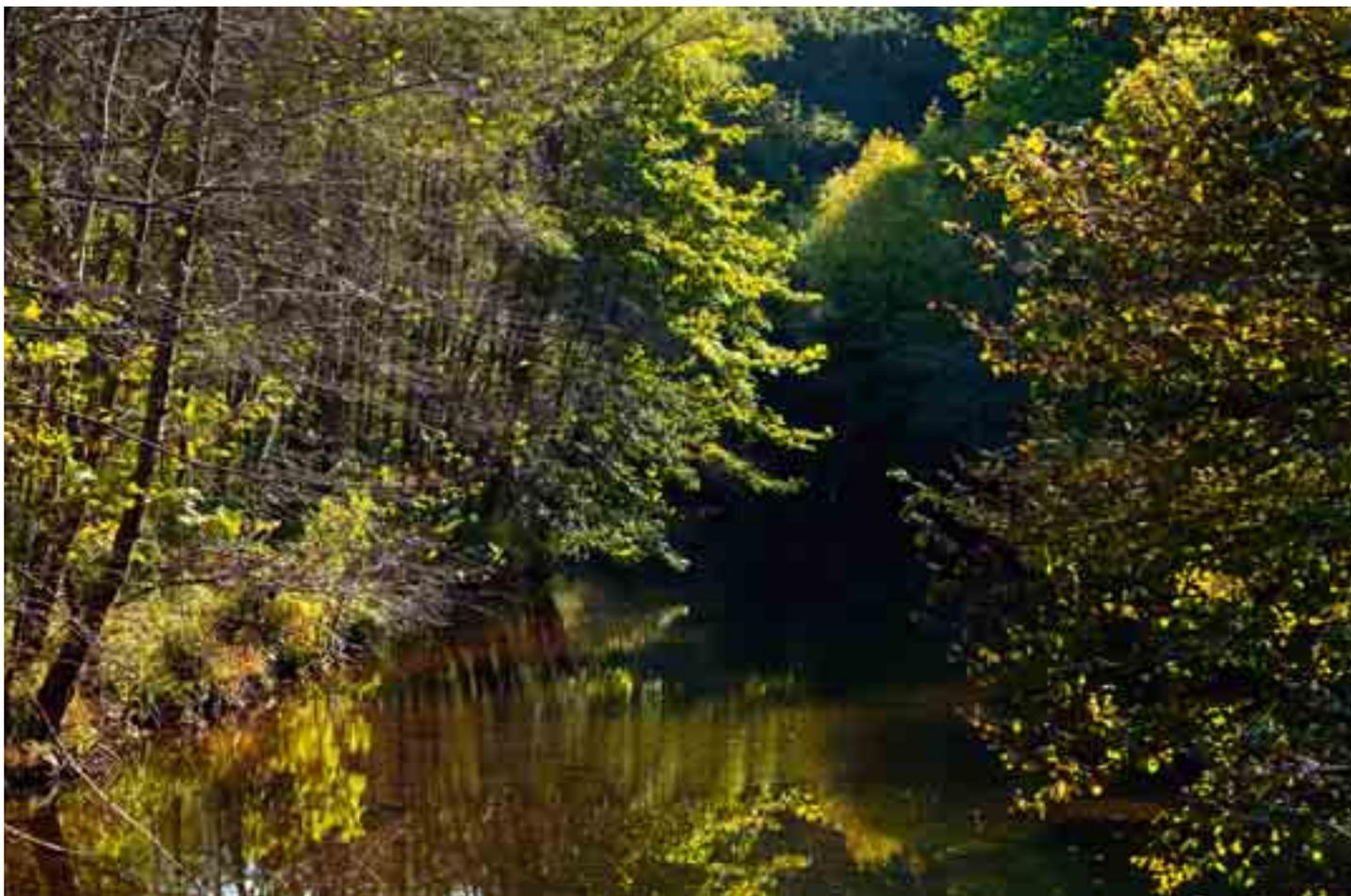
Ese medio millón de nuevos puestos de trabajo que pudieran crearse en el ámbito rural ya se han alcanzado sobradamente en la categoría de *empleo verde* que todavía es ajena a muchas estadísticas oficiales. Según las cifras manejadas por la Fundación Biodiversidad y el Observatorio de la Sostenibilidad, en España hemos alcanzado los 510.000 empleos en el sector de la economía verde. ¿Es la misma cosa el medio rural, la biodiversidad y el empleo verde? Todavía no lo es, pero las confluencias parecen inevitables, y en esa línea apunta la PAC (Política Agrícola Común) que empezaremos a debatir a fondo a partir de 2013. De hecho, algunos conceptos considerados en las tablas de cifras de empleo verde tienen que ver directamente con el medio rural y la biodiversidad, como es la gestión de zonas forestales, la agricultura y ganadería ecológicas o la gestión de espacios naturales.

Todo se ha agrandado y complicado pero las ideas esenciales vienen de lejos. Cuando Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós

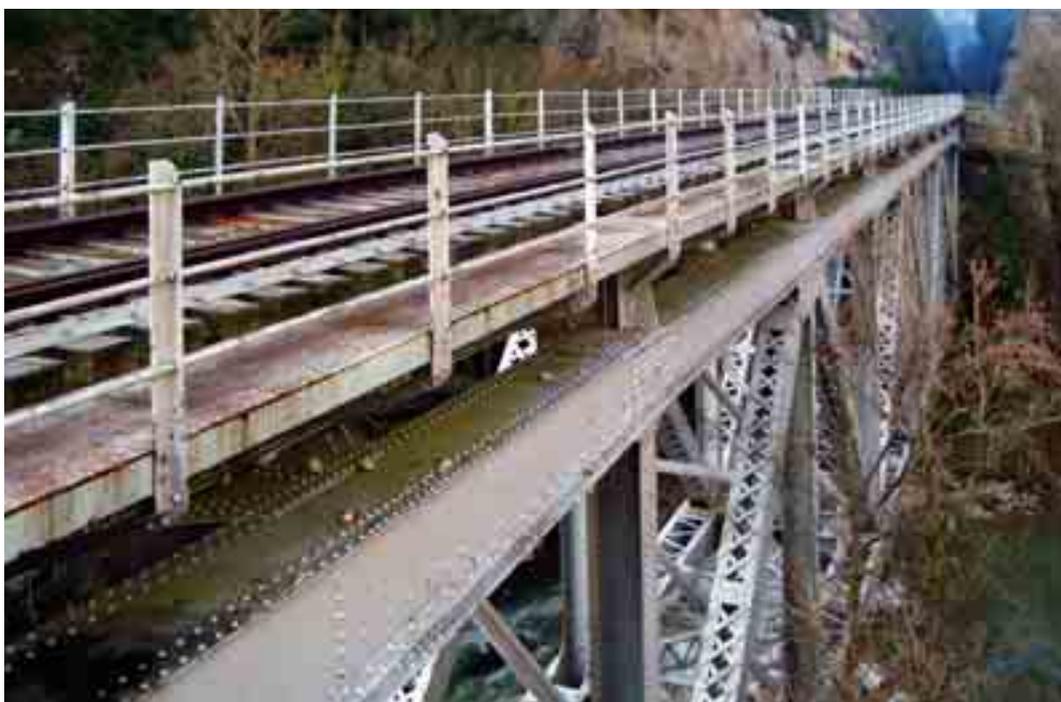
(1869-1941), más conocido como el marqués de Villaviciosa, impulsó la ley de parques nacionales y luego la declaración de los dos primeros (la Montaña de Covadonga y Ordesa) se encontró con no pocas reticencias en los pueblos del entorno (más en Asturias que en Aragón) que trató de superar apelando a los beneficios económicos. En 1934 escribía en el periódico *La Voz de Asturias*: «Dentro de poco en la playa de Gijón, se verán autobuses y más autobuses con estos letreros: Al Mirador de Ordiales, unos; a la Majada de Arios, otros (...). Si el Estado o la Providencia no hacen los caminos necesarios, formaremos una Sociedad para que los haga y explote. Tan convencidos estamos de lo que aquellos paisajes valen. Y hemos visto algunos».

Claro que había visto algunos paisajes, de los mejores, porque el marqués viajó mucho por Europa, para escalar sus montañas sobre todo, e incluso visitó los dos primeros

...  
en la página anterior  
Embalse de Utxesa. Camino Natural del Río Segre y el pantano de Utxesa.  
Lleida. Cataluña



El Camino Natural de Sarón-La Penilla (Cantabria) se asoma al río Pisueña



Viaducto del ferrocarril en el Camino Natural de Las Merindades. Burgos. Castilla y León

parques nacionales de EEUU antes de comenzar en nuestro país su campaña proteccionista. Pedro Pidal decía que los parques son una fuente de riqueza porque atraían al turismo, «a caravanas de curiosos peregrinos que profesan la santa religión de la Naturaleza». En los primeros años ni siquiera estaba contemplada en los presupuestos del Estado una partida para los parques, pero las inversiones principales, que a veces pagaba de su propio bolsillo, iban destinadas a la construcción de caminos que facilitarían el acceso de los turistas y de cualquier mortal.

O sea, en la primera mitad del siglo xx se construyeron caminos para llegar a determinados espacios naturales del mismo modo que unos siglos antes se habían hecho a mayor escala para facilitar el tránsito del ganado y de los ganaderos (lo que ahora llamamos vías pecuarias) de una punta a otra del país. Y desde el siglo xix se hicieron numerosos trazados de ferrocarril (vías verdes) que con el paso del tiempo han quedado en desuso y hoy sirven para disfrute de miles de ciudadanos. Entre unas cosas y otras hemos ido acumulando un patrimonio de caminos, de caminos naturales de variada categoría y encanto, que constituyen una riqueza de primer orden. El propio MARM ha publicado una guía que lleva varias ediciones y en su página web ha incluido un portal sobre el Programa de Caminos Naturales.

¿Caminos Naturales para qué? La profesora de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, Josefina Gómez Mendoza, me decía no hace mucho en una entrevista que era urgente recuperar los caminos rurales e incluso «hacer algunos nuevos sin caer en desmesuras». Si nos fijamos, dice, «casi todos los caminos antiguos tienen escala humana, son paseables». Y concluye con entusiasmo: «Hay que recuperar la dimensión paseística».

Algo se está haciendo en tal sentido, aunque no siempre se trate de entornos rurales de naturaleza privilegiada. Los caminos que bordean el río Nalón (Asturias) a su paso por la cuenca minera del mismo nombre (de Langreo a Pola de Laviana) son utilizados a diario por cientos de personas, al igual que ocurre en la cuenca cercana del Caudal, entre Mieres y Pola de Lena. Los propios usuarios se refieren irónicamente a estos caminos como las rutas del colesterol, porque, en efecto, el paseo ha adquirido hoy una dimensión sanitaria de primer orden. Estos caminos han integrado en parte las grandes escombreras de estériles de carbón que, quienes pasamos por allí la infancia, considerábamos tan montañas como las de verdad que estaban un poco más allá plagadas de castaños y helechos.

Caminos rurales, senderos de ribera, caminos de sirga, vías pecuarias, vías verdes, etc. constituyen hoy un patrimonio de primer orden que merece la pena conservar y divulgar por sus valores culturales, estéticos, sentimentales y, por supuesto, también económicos. De nuestra inteligencia depende que contribuyan a sacarnos del sopor en el que nos encontramos con la ayuda de algunos desalmados. En los últimos años hemos sido capaces de generar prestigio, atractivo y valor añadido en torno a expresiones genéricas, que finalmente se han constituido en marcas, tales como las de mundo rural, productos ecológicos, turismo rural, turismo de montaña, o vías pecuarias, cuya campaña de recuperación fue decisiva para alcanzar la buena imagen de la que hoy disfrutan todos los caminos naturales.

